

¡Ya nos las pagarás, Wilson!

SALISBURY. En un elegante barrio de la ciudad acaba de inaugurarse un «night-club» de lujo, el *Celebrity*. Este club admite a negros, pero con la condición de que lleven corbata y traje oscuro y que no gasten menos de la cantidad mínima establecida. Sin embargo, la legislación local les prohíbe asistir al «strip-tease»: en el África austral se pretende por todos los medios que la mujer blanca no baje del pedestal en que, según creen los blancos de aquí, el negro instintivamente la coloca. Consecuentemente, el público se compone sólo de blancos.

Pero el plato fuerte del espectáculo no es la bailarina de «strip-tease», Nadina, sino Chris Shaw, un tipo que recita y canta vestido con ropa de mujer. Haciendo gestos amenazadores con sus puños, este jovencuelo con aspecto de barítono provoca carcajadas insolentes entre los gordos granjeros y hombres de negocios que forman su audiencia, poco acostumbrados a las sutilezas decadentes del *West End* londinense. Pero el «female impersonator» sabe hacerse con ellos: su repertorio de chistes es un barómetro de la temperatura po-

lítica de Salisbury. Bajo un arco adornado con una caricatura del escudo de Isabel II, Chris Shaw suelta sus gracias una tras otra. Por ejemplo: «La señora Wilson me da lástima. Ayer fue al médico y le confesó que era virgen. El médico le preguntó cuánto tiempo llevaba casada, a lo que ella contestó que más de veinte años. ¿Cómo se explica esto?», insistió el médico. «Promises, promises», fue su respuesta. («Promise» es también el título de una novela teatral que está teniendo mucho éxito. «A propósito —continúa Chris—, ¿sabéis que Inglaterra va a emitir próximamente una serie de sellos con la cara de Wilson? Así podrán escupirle por delante y por detrás». «El otro día me encontré con Christine Keeler y le dije: "Resuélveme esta duda, ¿con quién estuviste primero, con Profumo o con aquel ruso, Ivanoff?". "Creo que con Profumo", me respondió. Por fin un inglés llega antes que un ruso».

De este modo, Chris Shaw hace desternillarse de risa a esos campesinos quemados por el sol, a esos hombres de negocios empeñados en dar la lata a las Naciones Unidas, y a sus minifalderas acompañantes de piernas como cuellos de

girafa, que son las que convienen a esos vigorosos ejemplares de la fauna local. El resentimiento por la madre patria y el odio mezclado de desprecio hacia Wilson son los principales componentes del humor político actual de los colonos rhodesianos. El primer ministro laborista ha traicionado la causa de la solidaridad blanca persuadiendo a las Naciones Unidas a infligir sanciones, y a todos los países excepto a dos, Portugal y Sudáfrica, a retirar sus representaciones diplomáticas en Salisbury. «No nos volveremos a unir a Inglaterra —me dice el secretario general del frente rhodesiano, el partido en el gobierno—, he devuelto a la reina las tres condecoraciones que me ganó en la guerra».

¿Cuáles han sido los temas principales de la campaña electoral rhodesiana? (Las elecciones tuvieron lugar el 10 de abril.) Primero, el terror que experimentan los blancos frente a la mayoría negra, un terror que los colonos tratan de reprimir, de disimular, de exorcizar mediante diversos procedimientos, psicológicos, verbales, políticos, pero que crece día tras día y que se exterioriza en la exigencia y en la paciente (¿o impaciente?) edi-

ficación de un régimen racista.

Aquí ningún blanco trata de ocultarle a uno lo que piensa de los negros. De ahí la publicidad de «sandwiches preparados por manos europeas», la costumbre de llamar a toda africana «african female» y a todo blanco, cuando se habla con algún negro, «boss» (jefe) («Enseña al "boss" dónde está la oficina de Correos»); la total ausencia de contactos no ya sociales, sino sencillamente humanos entre las razas, es decir, la segregación de hecho. Durante unos comicios de la oposición derechista, pregunté al candidato parlamentario, el mayor Phillips, ex vicepresidente del frente rhodesiano: «¿Por qué se opone usted a una Universidad multirracial?». «Porque habría una serie de inconvenientes sociales, sobre todo si hubiese ladies presentes». «¿Y por qué se opone a los autobuses integrados?». «Los blancos ricos circularían en sus coches, mientras que los pobres se verían obligados a ir con negros en los autobuses. Sería una integración obligada».

El miedo a los negros tiene fácil explicación. En Rhodesia viven cinco millones de negros (los *masihona*, gente más bien resignada, sumisa, y los *matabele*, más orgu-





Por FRANCESCO RUSSO

llosos) y 225.000 blancos. Tienen derecho al voto 90.000 personas, de las cuales, más de 81.000 son de raza blanca. De acuerdo con la nueva Constitución, el Parlamento consta de 66 escaños, de los cuales, 50 corresponden a blancos y 16 a negros. De estos 16, sólo ocho se eligen democráticamente; los otros ocho están reservados para los jefes tradicionales, que no son en la práctica más que funcionarios asalariados por el gobierno. «¿Por qué les niegan a los negros los derechos políticos?», «Afortunadamente para ellos —me contesta Phillips—, no han sido contaminados por la democracia occidental. Tienen sus propias tradiciones, que son infinitamente mejores».

Se van los jóvenes

Es esencial añadir a esas cifras alguna más. En el curso de los siete últimos años, la población negra ha aumentado en casi un millón de personas, la blanca en ocho mil solamente. Dentro de veinte años habrá en Rhodesia 30 negros por cada blanco. Sin embargo, hoy por hoy, en este país de cinco millones doscientos veinticinco mil habitantes, sólo 90.000 tienen derecho al

Los blancos experimentan un terror ante la mayoría negra que tratan de reprimir, de disimular, de exorcizar mediante diversos procedimientos psicológicos, verbales, políticos...

Arriba, Ian Smith quien suele repetir cínicamente: "No soy racista ni lo seré nunca".

voto. Como quiera que los sufragios de los negros no bastan para alimentar una oposición, lo único que cuenta son las papeletas de los ochenta mil blancos.

Son pocos estos blancos, y no demasiado selectos. Los jóvenes más inteligentes emigran a países con mayor cultura. Los profesionales, los intelectuales vuelven a la madre patria, no por simpatía hacia la monarquía (en su proceso de adaptación al régimen republicano, Rhodesia sólo ha encontrado pequeñas dificultades formales, como, por ejemplo, cuando el clero anglicano tuvo que cambiar las palabras del himno «Oh, Señor, protege a la reina» por «Oh, Señor, protege a nuestro país»), sino por un sentimiento de nostalgia hacia un ambiente más evolucionado culturalmente: en Salisbury no hay una sola librería, un solo cine, un teatro en que valga la pena entrar.

Y los inmigrantes blancos más recientes, atraídos por la política de «la puerta abierta» de Smith, rara vez cumplen los requisitos profesionales que exige el país, y son en su mayor parte desechos de las viejas comunidades blancas de países africanos ya independientes, es decir, gente envenenada y vengativa



la lujosa comodidad de la cocina

Corbero

POR:

Mueble y chasis monobloc de acero esmaltado al fuego.

Quemadores de llama autoestabilizada (patente *Corbero*)

Horno de gran capacidad.

Válvulas de seguridad en el horno (patente *Corbero*)

Termostato de 8 posiciones (patente *Corbero*)

Placa estante y abatible.

Tapa compensada con tope de apertura (patente *Corbero*)

Luz en el horno.

Enchufe para electrodomésticos auxiliares.

Parrill-ast con moto-reductor (patente *Corbero*)

Grifos planos con economizador (patente *Corbero*)

Gratinador por rayos infra-rojos.

Nivelación por pies regulables.



desde luego
Corbero
Corbero servicio seguro

©GPPA .74

¡Ya nos las pagarás, Wilson!

*Elementos sospechosos
son recluidos en campos de concentración
cercanos a Salisbury.*



va, deseosa de llevar al país por el camino del extremismo racial, y de enraizarlo en la ilusión (loca a largo plazo, pero no tanto en lo que se refiere al futuro inmediato) de edificar junto con Portugal y Africa del Sur un imperio fundado en la supremacía blanca. Es mayormente gente mayor, señalada por las taras del colonialismo, la que se ve en las calles de Salisbury. Apenas si se encuentran jóvenes, y los que se encuentran, en nada se parecen al tipo «hippy» o Carnaby Street, los «teen-agers» parecen «boy-scouts» con sus pantalones cortos y su pelo también corto. En Salisbury hay hasta discotecas para personas de mediana edad. Una, llamada Club 45, está reservada para un público de más de veintidós años; en realidad, los que allí van parecen tener alrededor de los cincuenta. Estos tardíos safaris sentimentales de corazones solitarios deben de constituir la norma, a juzgar por los anuncios de los periódicos, en esta sociedad cimentada por el egoísmo y por el exclusivismo.

«Good old Smithy» (es decir, el primer ministro y jefe del frente rhodesiano, Ian Smith) disfruta de una inmensa popularidad entre los blancos. Su retrato figura en todas partes, el 99 por 100 de los de su mismo color de piel hablan bien de él, incluso los cultivadores de tabaco, aun cuando hayan sufrido los duros golpes de las sanciones y de la sequía («castigos de Dios», como las ha calificado alguien, porque fueron precisamente estos cultivadores los que se mostraron más favorables a una separación de la Commonwealth y de la corona inglesa).

Separación controlada

Asimismo hablan bien de él los dos mil inmigrantes de origen italiano, a los que les place recordar que Smith tiene muchas simpatías por Italia, ya que fue salvado por italianos después de que los alemanes derribasen su avión durante la guerra.

Por lo demás, a los rhodesianos más viejos, oriundos de Inglaterra, les gusta hacerse la ilusión de estar reviviendo el 40, la «hora más hermosa»: Smith es un nuevo Churchill. Rhodesia está aislada como lo estaba entonces, también este país ha tenido su Dunquerque. El paralelo sería perfecto, sólo que en el 40 los ingleses luchaban contra el fascismo.

Enjuto, alto, de verbo incisivo, aunque parco en gestos, Ian Smith

podría pasar por un secretario de la Commonwealth británica si un misterioso don taumaturgico no le permitiese, con sólo aparecer en público y sonreír, conjurar los primitivos terrores de esta sociedad blanca que se hace la ilusión de fundar una sociedad de consumo al borde del abismo.

Smith es un doctor Barnard que trata de introducir un músculo cardíaco en un organismo social sin alma, concediéndole de ese modo algún año de vida, pero de vida de Frankenstein. Recientemente tuvo ocasión de asistir a una reunión preelectoral en una sala de Mountpleasant, barrio de Salisbury. Era una noche fresca y oscura. Enormes insectos picaban las piernas desnudas de las muchachas y de los policías. La sala, adornada con banderas rhodesianas, blancas y verdes, y con un indescifrable emblema en el centro, estaba repleta de gentes simpatizantes, excepto una cincuentena de estudiantes africanos, que se dedicaban a armar un jaleo infernal. Continuamente interrumpían a los oradores («¿rhodesiano?», «¿qué bicho es éste?», «vuelvete a tu país, esta es nuestra casa», «¿Checoslovaquia?», «¿dónde está eso?», «fascista»), hasta que, rodeados de policías uniformados impecablemente, abandonaron la sala, a una señal convenida, saludando con el puño cerrado, como los Panteras Negras, y cantando «Iske Komborera Africa» («Dios bendiga a Africa»).

Smith no perdió los estribos ni un solo momento. Nada más salir los alborotadores, declaró tranquilamente: «Os aseguro que la armonía de nuestras relaciones raciales es la envidia de muchos países, especialmente de cierto país, que ha cometido la tontería de importar un problema racial (aplaudidísima alusión a Gran Bretaña). En ningún otro país se ven tantos rostros negros sonrientes como en el nuestro».

Cuando juró fidelidad al deber y a la patria con su típica expresión de «boy-scout» —yo no soy racista ni lo seré nunca, tenemos que ayudar a los africanos a mejorar sus condiciones de vida— hubiera podido resultar hasta simpático si no hubiese sido porque, en aquel preciso momento, el alto tribunal Bulawayo estaba condenando a muerte a seis terroristas negros que habían atacado a un grupo de policías sudafricanos y rhodesianos, matando a uno de ellos, y a los que también se acusaba de haber volado una línea ferroviaria y de haber saboteado un aeropuerto; un séptimo acusado,



de diecisiete años, era condenado a cadena perpetua. Como todos los procesos, muy numerosos, de guerrilleros infiltrados en el país desde Zambia a través del valle del Zambesi, una de las regiones más inaccesibles de África, el juicio a que nos referimos se había celebrado a puerta cerrada. El objetivo evidente de tanto secreto es el de impedir que los blancos lleguen a desmoralizarse. Por consiguiente, es poco o nada lo que se sabe de las operaciones de los comandos negros. Cuando uno interroga a las autoridades rhodesianas sobre este particular recibe como respuesta alguna carcajada, como si los terroristas negros fuesen caricaturas teatrales más o menos divertidas. «Son pobres diablos —me dice el secretario del frente rhodesiano, entre sonoras carcajadas—, que tratan de instigar a la rebelión a los indígenas, siendo precisamente estos últimos los que los denuncian a la policía».

Durante la reunión pre electoral de Mountpleasant, uno de los presentes le preguntó si el gobierno pensaba hacer algo en el futuro para evitar la repetición de incidentes como el que acabábamos de presenciar. El primer ministro contestó en términos que parecían anunciar una política de separación controlada de las razas. Esta constituye, en cualquier caso, la sustancia del nuevo Land Tenure Act (ley de asignación de la tierra), que divide a Rhodesia en dos partes iguales: el 50 por 100 será habitado por los cinco millones de negros en reservas tribales, el otro 50 por 100 lo será por los blancos. El problema, desde el punto de vista del frente rhodesiano, lo constituyen los llamados «negros políticos» (doscientos cincuenta mil, aproximadamente). Estos negros seguirán acudiendo a trabajar a las ciudades europeas, pero habrán de residir en «townships», o barrios exclusivamente negros. La palabra no pronunciada, que a uno le repugna pronunciar, pero que le viene inmediatamente a la cabeza, es «apartheid».

El clero protesta

Los cinco obispos católicos de Rhodesia, encabezados por el arzobispo de Salisbury, Francis Markall, han expresado su repulsa a través de una pastoral titulada «Una crisis de conciencia»: el clero católico ha visto en la nueva ley un futuro en el que los religiosos blancos no podrán seguir trabajando con los religiosos negros,

en el que se celebrarán misas blancas y misas negras y en el que los hospitales católicos se verán obligados a rechazar a ciertas personas sólo por el color de su piel. En una palabra, si al «strip-tease» segregado, no a las misas segregadas.

La Iglesia católica, al igual que ocurre en Irlanda del Norte, ha perdido popularidad en este país. No hay que olvidar que cuatro de cada cinco blancos han aprobado en el referéndum del pasado junio la nueva Constitución, de la que forma parte el Land Tenure Act.

Es verdad que los rhodesianos no están aplicando todavía el «apartheid» tan a rajatabla como los maníacos sudafricanos; el racismo rhodesiano es aún un tanto púdico. Pero se ha dado el primer paso, que es el más difícil.

He preguntado en el Ministerio de Información si hacen falta permisos especiales para circular y fotografiar dentro de las «townships» africanas. «No, éste no es ningún estado policíaco». Pero en la «township» negra de Harari, después de haber disparado unas veinte fotos, me veo abordado por dos «house assistants» negros, los cuales me acompañan hasta el despacho del superintendente, un blanco. Este me informa que está prohibido fotografiar, que el gobierno nada tiene que ver con el asunto, que las «townships» son entidades privadas, y que cuando uno entra en una casa particular debe pedir permiso antes de sacar fotografías. Siento la tentación de contestarle que todos los que he encontrado parecían contentos de que les fotografiase, y que esta circunstancia es suficiente en cualquier país libre, pero el funcionario me aconseja amistosamente que me vaya de allí cuanto antes. De vuelta a Salisbury, por una carretera flanqueada de jacarandás y otros árboles, encendidos de lirios flameantes, veo disminuir progresivamente la densidad de los negros hasta llegar al centro de la capital, donde sólo se ven blancos y algún que otro negro vestido como los blancos. La ciudad se me presenta súbitamente, como un moderno barrio inglés reconstruido casi a la perfección en un vacío luminoso del paisaje africano, pero sin «pubs», sin «bobbies», sin autobuses rojos, sin «hippies» melenudos, sin lo grisáceo de los días ingleses, sin negros siquiera, como una Inglaterra que hubiese cambiado su alma antigua y su historia por un más alto nivel de vida y un lugar al sol.

■ F. R.

Mírelo bien... ¡Es distinto!

¿Sabe Vd. que MELIS-TIGRE es el zapato español de caballero que llevan los hombres que "pisan fuerte" en 33 países?

Ahora MELIS-TIGRE presenta en España los mismos modelos que crean la moda en Europa.



este es el New look de Europa en mocasines bajos

TIGRE MELIS

con el prestigio de Calzados MELIS MARQUES de Inca (Mallorca) y LOPEZ HNOS. de Pamplona.